

Bartolomé Benassar, *Cortés. Le conquérant de l'impossible*, Paris, Payot, 2001, 357 p.

Christian Duverger, *Cortés*, Paris, Fayard, 2001, 493 p.

Hernán Cortés, el conquistador, ha sido uno de los personajes más controvertidos de la Historia de México, a tal punto que no se sabe si odiarlo o admirarlo, o las dos cosas a la vez. Mucha tinta se ha gastado, desde la Conquista hasta ahora, consagrada a la gran hazaña de este hombre, y el tema no se ha agotado como lo demuestran dos libros que circulan actualmente en Francia con el mismo título: *Cortés*. Los dos historiadores franceses Bartolomé Benassar y Christian Duverger, cada uno a su manera, tratan de reconstruir la biografía de Cortés. Los dos coinciden en la gran admiración que sienten por este hombre, cuyo destino, debemos reconocer, fue excepcional.

Para Duverger, Cortés es antes que nada un mito y, por lo tanto, hay que estudiar al mismo tiempo tanto al hombre como a la leyenda que lo rodea, mientras que para Benassar es un personaje de ciencia-ficción que entró a la historia por efracción.

Los dos historiadores piensan que para comprender al hombre no se puede sólo analizar su papel durante los dos años de la Conquista, sino que resulta necesario seguirlo en la continuidad de su vida y en la época que le tocó vivir. De esta forma, por ejemplo, Duverger en todo su libro hace un continuo vaivén entre los acon-

tecimientos que se llevaban a cabo en América y España, pues unos explican a los otros.

En lo que concierne a la vida de Cortés antes de la Conquista, el análisis de Duverger es mucho más rico, pues sitúa a la familia Cortés en su ambiente, en sus redes, en su relación con la Corona y su papel en la ciudad de Medellín. Después sigue al joven Cortés a la Universidad de Salamanca y trata de explicar objetivamente los motivos que lo impulsaron a dejar los estudios (no era muy devoto del estudio, le gustaban más las actividades físicas y como acto de rebeldía contra sus padres que habían decidido por él), en un contexto cuya mejor opción era embarcarse para las Indias.

Los dos autores se sumergen en los años que pasó en Santo Domingo y Cuba hasta el momento de partir para el destino que le esperaba, a donde llegó en 1519.

Cortés no logró la Conquista de México él solo. Lo ayudaron sus soldados y sus aliados indígenas hacia los cuales demostraba gran consideración; gracias a ellos consolidó su victoria y creó en el dolor “los fundamentos de una nueva nación”. Cortés sintió una gran admiración hacia Tenochtitlán. Tuvo que destruirla pero al mismo tiempo la reivindicó al conservar su nombre, para mostrar la continuidad que existía entre la dinastía mexica y el imperio español (Benassar, p. 118).

La Conquista no se puede ver solamente como una empresa donde reinaron las violaciones, la crueldad y la rapiña. En este sentido, Benassar considera inútil el discurso “anticolonial”, no se puede negar que hubo violencia, pero sostiene que el México mestizo que se perfilaba también nació de uniones libres. Fueron los mismos mexicas quienes fomentaron el mestizaje, los caciques dieron voluntariamente las mujeres de su familia, quienes a la larga decidieron quedarse con los españoles (p. 106-107).

Duverger incluso sugiere que el concubinato que Cortés estableció con una india taina en Santo Domingo, del cual nació Catalina Pizarro, puede reflejar una posición pro indígena del conquistador. De hecho, este autor parte de la idea que Cortés ya pensaba en la “construcción de otro mundo” (p.123) y que concibió una verdadera teoría del mestizaje, eje ordenador de todas sus acciones, que se explica en tres vertientes: su escudo y su lema, sus mujeres indias y la obra de cristianización por medio de sus aliados, los franciscanos. El escudo de Cortés tiene una doble lectura, para los españo-

les no significa más que el registro de un hecho de armas, para los aztecas Cortés se impone como su conquistador en un contexto de guerra sagrada, propia a la tradición indígena. El diseño que acompaña su lema no es otra cosa que un glifo nahua, representando la toma de Tenochtitlán.

Cortés tenía una gran debilidad por las mujeres, en particular por las indígenas. Según Duverger, esa fascinación objeto de verdadero culto hizo que el conquistador procurara la mezcla de sangres, dando a las mujeres mexicanas el “papel de madres de la nueva civilización”, de ahí que se opusiera tanto a la presencia de mujeres españolas, entre ellas Catalina Xuárez, su esposa y cuya muerte se le atribuye. Los dos autores se inclinan por su inocencia en este asunto. Duverger propone que, en caso de asesinato, éste pudo haber sido perpetrado por alguna de las tantas mujeres de Cortés. En lo que se refiere al papel de la Malinche, para Benassar fue tal vez con ella que Cortés conoció una autentica pasión amorosa, pero sus emociones y sentimientos verdaderos quedarán para siempre ocultos.

El tercer apoyo de Cortés en su plan de mestizaje, según Duverger, fue la obra evangelizadora. Para eso, encargó esta misión a los franciscanos de Extremadura, del ala reformista. Mediante su obra, Cortés logró que los indígenas “adoptaran un catolicismo mestizo, suficientemente indígena para ser aceptado por los mexicas y suficientemente cristiano para nunca ser declarado como cismático por el Vaticano” (p. 261).

En un punto importante difieren Benassar y Duverger. El primero critica a los historiadores españoles que proponen una relación bastante idealista entre Cortés y los indígenas, que se basa solamente en fuentes favorables al conquistador y que ignoran realidades que no se pueden negar: Cortés pudo tener muy buenas intenciones pero al final aprovechó, como todos los conquistadores, instituciones como la esclavitud y la encomienda, que él mismo introdujo. En ese sentido, los archivos guardan varias quejas de los pueblos indios contra Cortés, quien de ninguna manera, según Benassar, puede ser considerado “el libertador de los indios”. Duverger no niega que Cortés usó y abusó de estas instituciones, pero para justificarlo hace una comparación bastante anacrónica, pues concluye que él no era menos explotador que otros sistemas como el moderno, que quita la mitad de su salario a los trabajado-

res. Para este autor, la encomienda y la división en repúblicas de indios y de españoles no fueron más que parapetos para proteger a la población indígena.

En cuanto a su relación con España, los dos autores coinciden en la idea de que Cortés dio mucho a la Corona española y recibió poco a cambio y que, sin lugar a dudas, llegó a querer más la tierra que conquistó que a su madre patria. Para Duverger, Cortés resintió una gran decepción con respecto a España; primero fueron sus compatriotas que llegaron a México, a los cuales consideraba en su mayoría groseros, de malas maneras; después, todo el aparato burocrático del que estaba rodeada la Corona, la situación de dependencia de España de las riquezas de Nueva España y la avidez y la incomprensión de Carlos V. Cortés, sin embargo, nunca se atrevió a romper sus lazos con España. Según Benassar, en este hecho, la ruptura, hubiera estado el germen del nacimiento de otro México, pero Cortés nunca imaginó hacerlo.

Debido a su gran admiración por el personaje que analiza, Duverger justifica todas sus acciones; Cortés no fue más que víctima de los otros: de Carlos V, de los virreyes, de sus esposas y colaboradores. Asimismo confiere al personaje un carácter desinteresado que podemos poner en duda: “Cortés no ama el poder. Como todo seductor, es la conquista la que lo atrae, lo motiva y lo sublima” (p. 287).

Duverger incluye un epílogo sobre la conjuración de Martín Cortés. Sus conclusiones versan sobre el destino de los restos de Cortés. Cortés fue un hombre que creó leyendas como la quema de naves en Veracruz, la Noche Triste cuando lloró bajo el ahuehuete de Tacuba o la epopeya de las Hibueras. Benassar dedica un capítulo a estas leyendas, que a su vez inspiraron poemas épicos y romances. A modo de conclusión, Benassar trata de encontrar un modelo “cortesiano” de conquistador, cuyas principales características serían gran energía y rechazo a perder el ánimo, alianzas con la población indígena, el fomento de la división del mundo indígena y la lealtad hacia la Corona. Este modelo sólo sería repetido por Francisco Pizarro, en Perú, y por Jiménez de Quesada, en Colombia, pues sólo convenía a espacios densamente poblados, habitados por culturas que habían alcanzado gran nivel técnico y organización política. Conquistadores más experimentados fracasaron cuando encontraron la jungla o el desierto como Almagro, en Chile, o Alvar Cabeza de Vaca, en el actual Estados Unidos.

Estos dos libros, que ojalá pronto sean traducidos al español, dan mucho de qué hablar. Tal vez los defensores del discurso “anticolonial” sentirán que “su historia” se ha tergiversado, pero si tratamos de ver este periodo de la historia mexicana con objetividad, después de leerlos nos queda la sensación de que aún falta mucho por decir de Cortés.

Laura MACHUCA
Universidad de Toulouse Le Mirail